





Nicolás
Maquiavelo





Nicolás Maquiavelo

Jean-Yves Boriaud

Traducción de Silvia Kot

A large, light gray circular logo containing a white, stylized serif letter 'A' is centered on the page. The logo is semi-transparent, allowing the text behind it to be visible.

Boriaud , Jean-Yves

Nicolás Maquiavelo / Jean-Yves Boriaud . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

: El Ateneo, 2016.

320 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Silvia Kot.

ISBN 978-950-02-9885-8

1. Biografías. I. Kot, Silvia, trad. II. Título.

CDD 920

Nicolás Maquiavelo

Título original: *Machiavel*

Autor: Jean-Yves Boriaud

© Éditions Perrin, 2015

Traductora: Silvia Kot

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

ISBN 978-950-02-9885-8

1ª edición: agosto de 2016

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en agosto de 2016.

Índice

Prólogo.....	11
1. Los Machiavelli.....	17
2. Las lecciones de la historia (moderna): Florencia y la juventud de Maquiavelo.....	39
3. Maquiavelo diplomático.....	75
4. Maquiavelo y su gran hombre: César Borgia.....	111
5. La <i>Ordinanza</i>	147
6. Las últimas grandes embajadas.....	159
7. Maquiavelo y el fin de su República.....	175
8. Sant' Andrea, o el tiempo de las obras maestras.....	189
9. Los <i>Discursos sobre la primera década de Tito Livio</i>	217
10. El ocio erudito o los frutos de la soledad.....	231
11. <i>El arte de la guerra</i>	245
12. Los últimos fulgores.....	255
13. “Amo a mi patria más que a mi alma...”.....	281
14. Fortunas póstumas.....	295
Conclusión.....	307
Cronología.....	311



*La guerra es la continuación
de la política por otros medios.*

CARL VON CLAUSEWITZ





Prólogo

El personaje histórico de Maquiavelo contiene varias paradojas. La primera se refiere a la evidente desproporción entre su estatus político y el eco universal suscitado por su obra: ¿cómo logró este funcionario de rango mediano, que jamás ocupó un puesto realmente importante, ofrecer una mirada sobre el caótico mundo que le tocó vivir dotada de una universalidad suficiente como para entrar en la historia general del pensamiento político?

En la Florencia que renacía, eran los magistrados elegidos o sorteados quienes tomaban las decisiones. Y Maquiavelo nunca estuvo en condiciones de ingresar a esa casta. Fue simplemente su empleado, dentro del cuerpo diplomático, en un nivel subalterno y, aunque realizó muchas tareas, por lo general, solo secundó a los embajadores oficiales de la República.

¿Puede ser incluido, entonces, en la clase de los grandes humanistas, expertos en literatura latina y griega, que solían convocar los poderosos de la época para ocupar cargos importantes? Tampoco. Maquiavelo era un hombre culto, pero de una cultura clásica media, escolar, que no superaba lo que se podía esperar de un burgués florentino: conocía a Tito Livio, Lucrecio, Plutarco, los teóricos latinos de la guerra, pero los ejemplos que tomó de ellos no tenían nada de original y se asemejaban a los que se encuentran en muchos escritores de su tiempo.

Este hombre que reflexionaba, de libro en libro, sobre las maneras de renovar el arte de la guerra, ¿fue más bien un soldado, que extendió a lo político su análisis del hecho militar? Finalmente, Florencia le encomendó la tarea que él reclamaba sin cesar: formar un ejército moderno, decididamente florentino, para reemplazar a las tropas mercenarias ya caídas en desuso. Como veremos, el resultado no estuvo a la altura de lo que se esperaba, y muchos se burlaron de los “talentos” militares de los reclutas de Maquiavelo cuando se desbandaron frente a los españoles de Ramón de Cadorna, virrey de Nápoles, durante el sitio de Prato, en agosto de 1512.

¿Cómo fue entonces que los análisis políticos de este funcionario de segundo nivel le otorgaron, ya en su época y de manera definitiva, un aura –demoníaca– de envergadura europea? ¿Y que se haya reunido, y hasta encorsetado su pensamiento bajo un vocablo excluyente, el “maquiavelismo”, sinónimo de cinismo hipócrita? Esto ya ocurrió en el Renacimiento, y de inmediato surgieron los anti-Maquiavelo. El fenómeno en sí mismo no era nuevo, y en esa época, cualquier pensamiento un poco original provocaba desde el principio la aparición de una multitud de libelos hostiles. Pero en el caso de Maquiavelo, la reacción fue inmediata y violenta: hubo ataques frontales; por ejemplo, en 1576, el libro del hugonote Innocent Gentillet, que inició una larga tradición de despropósitos sobre el pensamiento político de Maquiavelo. También hubo otros, igualmente polémicos pero más constructivos, al estilo de la *Educación del príncipe cristiano* de Erasmo, comenzada en 1516, para Carlos V, concebida como un libro optimista sobre la naturaleza humana y por lo tanto, por esencia, “anti maquiaveliano”. En realidad, Maquiavelo tuvo la

desgracia de quedar atrapado de inmediato en un debate, en el interior mismo del humanismo, entre teóricos puros, como Erasmo, que se arriesgó en materia de teología, pero siguió siendo hasta el final un académico, y prácticos, como Jean Bodin, el autor de *Los seis libros de la República*, que debieron adaptarse al terrible contexto militar que acompañó al Renacimiento de las letras y las artes en Europa. Los primeros fueron, a pesar de la dureza de los tiempos, incorregibles optimistas, que afirmaban contra viento y marea su fe en la bondad natural del ser humano, y los otros, de Maquiavelo a Hobbes, basaron sus ideas y sistemas en su comprobada maldad. Y para su desgracia póstuma, el personaje de Maquiavelo tuvo la desdicha de “gozar” de un aura singular, de una especie de leyenda negra que permitió a generaciones de críticos demonizarlo —en el verdadero sentido del término—, incluso independientemente de su obra.

Para que Maquiavelo recuperara, más allá de las leyendas y los rumores, el lugar que merecía su inteligencia política, se debió esperar, ni más ni menos, a que Italia se reconstituyera. A fines del siglo XIX, el país, orgulloso de su recobrada unidad, se dedicó a rendirles a sus grandes hombres el homenaje que la caótica historia de su nación les había escamoteado hasta ese momento. Los parques de Roma, nueva capital, recibieron como dotación las estatuas de esos héroes modernos. En el Capitolio, las escaleras de Miguel Ángel quedaron adornadas así con una representación del “tribuno”, ese Cola di Rienzo que Wagner llevó a la ópera, desdichado héroe de la primera comuna romana de 1347. Pero aparecieron sobre todo muchos libros monumentales dedicados a la gloria de esos *grandi uomini*, cuyos autores eran políticos eruditos, que estaban por encima de toda sospecha. La

nueva Italia quería presentarse como laica y liberada de los fuertes lazos que ataban desde hacía tanto tiempo a Roma con el Vaticano. En ese esfuerzo de laicización, la figura de Maquiavelo, emblemática, ocupó naturalmente un lugar importante. Sin duda, era un “gran hombre”, ya que su obra *El príncipe* dio origen a un vocablo que se entiende en todo el mundo: el “maquiavelismo”, como sinónimo de cinismo y falta de escrúpulos. Una ventaja adicional: ¡la Iglesia había puesto al conjunto de su obra en el Índice! Celebrar a Maquiavelo significaba entonces celebrar a una víctima del clericalismo, como lo fue Giordano Bruno, quemado en 1600 por sus ideas, y cuya efigie logró imponer el Estado italiano, tras muchas discusiones, en el corazón de Roma, en el Campo de' Fiori, en 1889.

Para la celebración de Maquiavelo, promovido a “gran hombre”, se necesitaron importantes figuras de ese nuevo y moderno Estado laico. Se hizo a dos voces: la de un senador del reino, luego también diputado y finalmente ministro de Instrucción Pública, Pasquale Villari, que escribió un imponente *Niccolò Machiavelli e i suoi tempi*, y la de otro senador, prestigioso, del nuevo reino, Oreste Tommasini, autor de *La vita e i scritti di Niccolò Machiavelli nella loro relazione col Machiavellismo*.

Desde 1559, es decir, veintisiete años después de la publicación de *El príncipe*, Maquiavelo conocía los tormentos –o los honores– del Índice, establecido por el inflexible Pablo IV Carafa por sugerencia de la Inquisición: esto resultó ser un excelente negocio para los editores suizos de la época, que publicaron incansablemente *El príncipe* con una falsa fecha de aparición, forzosamente anterior a 1559, y sus traducciones, que escapaban a la letra del interdicto papal. Como consecuencia del decreto pontificio,

se multiplicaron las condenas de los biempensantes de todas las corrientes, que constituyeron, como veremos, una comunidad extraña y heterogénea, desde Gentillet hasta Federico II, Voltaire o Montesquieu.

Aquellos trabajos de dos eruditos italianos se complementaron admirablemente para construir la efigie literaria de Maquiavelo, ya que, junto con los documentos de la época, revelaron que se podía rescatar un pensamiento político original en el contexto que lo hizo nacer, superando los estereotipos congelados durante tres siglos de anatemas, y comprender cómo las reflexiones de un diplomático subalterno, en una República de 50.000 habitantes, pudieron alcanzar suficiente universalidad como para renovar una ciencia política varias veces milenaria. O cómo las convulsiones que agitaban a la Italia del Norte medieval, que luego entró trabajosamente en el Renacimiento, pudieron suscitar esos análisis que la posteridad consideraría iconoclastas. La obra de Maquiavelo marcó, en efecto, una imperdonable ruptura con esquemas políticos formulados por la Antigüedad y repensados por la Edad Media, que el Renacimiento erudito reformuló en formas modernizadas. Para intentar comprender el origen y la profundidad de esa ruptura, debemos analizar las circunstancias, humanas e históricas, que permitieron la eclosión del “genio de Maquiavelo”.



1

Los Machiavelli

LA CONSORTERIA

El 3 de mayo de 1469, nació en Florencia, en el corazón de la parroquia de Santa Felicità, Niccolò di Bernardo dei Machiavelli. Maquiavelo llegó al mundo en la residencia familiar de Oltrarno, el sur de la ciudad implantada “del otro lado del río Arno”. Esa residencia era un *palazzo*, un grupo de casas de varios pisos dispuestas alrededor de un patio (la Corte di Machiavelli), rodeado por una galería. Ese *palazzo* se encontraba en la Via Romana (actualmente, Via Guicciardini), una calle respetable que iba del Ponte Vecchio a la Porta San Pietro Gattalino (la moderna Porta Romana). Administrativamente, pertenecía al barrio de Santo Spirito, y más precisamente al *gonfalone* Nicchio. En ese lugar, vivían el padre de Nicolás, Bernardo, y su madre Bartolomea, pero también una buena parte de esa rama de la familia (el *lignaggio* de Niccolò Machiavelli), alrededor del primo Niccolò d’Alessandro Machiavelli, instalado allí con sus tres hermanos y hermanas, su esposa y sus tres hijos.

¿De dónde provenía esa gran fratría de los Machiavelli? De los alrededores inmediatos de la ciudad: el campo, al que llamaban el *contado*. Había llegado a Florencia a lo sumo en los primeros años del siglo XIII, desde Val di Pesa, aldea campesina que se

encontraba a unos quince kilómetros. En la época de Niccolò, conservaba allí algunos bienes, seguramente un legado de un lejano origen nobiliario que también le otorgaba algunos derechos sobre parroquias locales, como Sant'Andrea in Percussina, cuyo beneficio recibió Totto, hermano de Maquiavelo. La familia poseía dos *poderi* (dominios agrícolas) y una casa en la aldea de Sant'Andrea, l'Albergaccio, herencia de un tío acaudalado también llamado Totto. De modo que no era una familia "humilde", como se creyó y se dijo durante mucho tiempo: sin haber llegado nunca a un primer plano, seguramente fue una familia importante en Florencia a partir del siglo XIII. Puede verse esto a través de un hecho trágico que marcó la historia de la Florencia medieval. Según la *Chronica Nuova* de Giovanni Villani, valioso documento sobre la vida florentina, figuraba, junto a linajes tan prestigiosos como los de los Soderini o los Caniggiani, entre las familias güelfas del barrio de Oltrarno que fueron provisionalmente expulsadas de la ciudad en 1260. Para el partido al que adherían los Maquiavelo, el de los güelfos, partidarios del Papa, contra los gibelinos, partidarios del emperador germánico, ese fue el año de la gran derrota: en Montaperti, cerca de la ciudad sienesa de Castelnuovo-Berardenga, los güelfos florentinos fueron aplastados por los gibelinos de Siena, sometidos al rey de Alemania, Manfredo; hubo más de 10.000 muertos en total. Las consecuencias fueron terribles para Florencia, y la ciudad estuvo muy cerca de ser destruida. Finalmente se "limitaron" a derribar las torres de las familias güelfas, que fueron condenadas al exilio. Ese exilio duró nueve años, al cabo de los cuales los güelfos pudieron reinstalarse en Florencia y reconstruir, en cuanto fue posible, sus *palazzi*.

Antes del autor de *El príncipe*, doce Machiavelli habían sido confalonieros (jefes de comuna), y algunos, priores, es decir, miembros de la más alta instancia política florentina, la Señoría: era una marca evidente de notabilidad, aunque esas personas no dejaron una huella muy grande en la historia de la ciudad. Sin embargo, hubo una excepción: la del jurista Girolamo d'Agnolo Machiavelli, un notorio opositor al poder de los Médicis, arrestado en agosto de 1458, torturado y luego deportado, y finalmente muerto en prisión. Esa familia pertenecía entonces a lo que se llamaba en esa época el *popolo grasso*, constituido por banqueros y notarios, en oposición al *popolo minuto*, el “pueblo llano”, compuesto por artesanos y tenderos. En ese momento, la sociedad de Florencia estaba tomando un carácter “mixto”, ya que el *popolo grasso* y la aristocracia tendían a mezclarse, y la nobleza, a veces venida a menos, recurría a las ventajosas dotes de comerciantes ricos para volver a dorar sus prestigiosos blasones. Contrariamente a lo que sucedía en aquel momento en otras ciudades, como Venecia, donde esa aristocracia se replegaba sobre sí misma, el *popolo grasso* reunía en Florencia a una burguesía de comerciantes y grandes juristas, vinculados más o menos formalmente con la nobleza “señorial”. Esa burguesía, de obediencia mayoritariamente güelfa, aspiraba a participar en los principales órganos del poder en la ciudad, los innumerables “Consejos”, a los que se accedía en principio, por nacimiento o por fortuna.

EL PADRE

Bernardo di Niccolò di Buoninsegna Machiavelli, “*maese Bernardo*”, el padre de “nuestro” Maquiavelo, nació en Florencia, en 1428, hijo de Niccolò di Buoninsegna. Lo conocemos bastante bien gracias a un manuscrito descubierto poco antes de la Segunda Guerra Mundial, que se conserva hoy en la Biblioteca Riccardiana de Florencia. Se trata de un *Libro de recuerdos*, *Ricordi*, una crónica de los años 1474-1487 escrita por el propio Bernardo. Esta forma de autobiografía pertenece a un género particular, el de las “Memorias”, *Ricordanze* (se conocen alrededor de 330, en general, posteriores a 1350), editadas por mercaderes escritores que, en ese Renacimiento en el que surgió realmente, en la burguesía occidental moderna, la idea de individuo, relataban la materialidad de su vida cotidiana. Este género, típicamente florentino, se insertaba en otro, más comercial que literario: el de los libros de cuentas (“libros de razón”). En ellos, el comerciante exponía, a la manera de una crónica, además de sus transacciones comerciales, los hechos de su historia familiar, a veces con comentarios que le conferían al libro un carácter más “literario”. Estos “retratos” escritos se combinaban con otros, pictóricos, que comenzaban a realizar, en Flandes, los grandes maestros, por encargo de los mercaderes adinerados. En Florencia abundaban los *Ricordi*, *Ricordanze*, *Libri della famiglia*, libros muy serios, acompañados, para beneplácito de los historiadores actuales, de minuciosos árboles genealógicos, que no tenían nada que ver con las genealogías fantasiosas difundidas por una aristocracia ávida de antepasados más o menos míticos. Por otra parte, en los ambientes humanistas estaba de moda la economía doméstica:

aparecieron, por ejemplo, los *Libri della famiglia* del gran arquitecto Alberti dedicados a la educación de los niños, al matrimonio, a la administración de los bienes y a la amistad... ¡Pensemos también en las palabras de Montaigne (*Ensayos*, I, 39) sobre la nobleza de las tareas domésticas! Los *Ricordi* de Bernardo Machiavelli, organizados en torno a 300 entradas, pretendían ser, según decía el propio autor, un tratado de *buon governo* de los asuntos de la casa: curiosamente, cuarenta años más tarde, Maquiavelo usaría esa expresión para designar el tema de su investigación, en *El príncipe*... La mayoría de esas entradas aluden a la cotidianidad de la actualidad agrícola del dominio, pero cinco de ellas, como veremos, se refieren a la educación de Niccolò.

Bernardo hizo estudios jurídicos. Era incluso doctor en Derecho, pero no se sabe si realmente ejerció la profesión, aunque algunos le atribuyen un hipotético cargo de tesorero-jurisconsulto. Se había casado en 1458 con una joven viuda, Bartolomea di Stefano (o di Alessandro Nelli), que murió en 1496. ¿Ese matrimonio tenía un carácter político? El primer marido de Bartolomea, el boticario Niccolò Benizi, pertenecía a una familia notoriamente enfrentada con los Médicis, que estaban en el poder desde 1434, pero él mismo no parece haber estado involucrado en ningún complot, contrariamente a muchos de sus parientes. Los Benizi eran vecinos de los Machiavelli, y seguramente hubo allí un juego de alianzas locales. Es posible que Bartolomea tuviera una hija, Lionarda, de su primer matrimonio, pero no sabemos nada de ella. Bernardo hizo frecuentes alusiones a su esposa en sus *Ricordi* (“*la mia donna*”, “*la Bartolomea*”) a propósito de detalles de la vida cotidiana, pero nada hace suponer que esta mujer fuera otra cosa que la clásica *house manager*: ella escribió versos

religiosos para su hijo Niccolò, y esto revela una educación seria, más allá de la “cultura” que se esperaba de una joven de la época. De ese matrimonio nacieron dos niñas con nombres floridos, Primavera, en 1465, y Margherita, en 1468, luego Niccolò, el 3 de mayo de 1469 (fue bautizado al día siguiente en la iglesia Santa Maria del Fiore), y finalmente Totto, en 1475, llamado así en homenaje al generoso tío que le había dejado a Bernardo, además de algunas deudas, el Albergaccio de Sant’Andrea in Percussina, donde Niccolò pasaría una parte de sus largos años de exilio, tras el retorno de los Médicis, en 1512.

Esos *Ricordi*, que van del 30 de septiembre de 1474 al 19 de agosto de 1487, nos ofrecen la imagen de un propietario rural con ambiciones económicas limitadas a cultivos tradicionales, y también la de un notable convocado para realizar verdaderos arbitrajes en algunas situaciones quizá banales, pero realmente fastidiosas: por ejemplo, el caso de la criada Lorenza, cuya desgracia, aunque clásica, hizo las delicias de los sociólogos especialistas en el Quattrocento florentino. Como la desdichada, que estaba al servicio de la familia Maquiavelo y vivía bajo el techo de Bernardo, había quedado “casualmente” embarazada, llamaron, para encontrar al responsable y, sobre todo, determinar una justa compensación por el perjuicio causado a Lorenza... a *maese* Bernardo. Este, muy preocupado por las consecuencias que podía tener el hecho para el buen nombre de la familia, actuó como mediador y mandó indemnizar a la víctima de las frecuentes visitas de su primo y vecino Niccolò d’Alessandro Machiavelli.

Pero la verdadera pasión de Bernardo, felizmente para nosotros, eran los libros. Una pasión costosa, en esa época, y reservada, en principio, a familias ricas de pretensiones humanistas.

Los Machiavelli no lo eran. A veces, en ese final del Quattrocento, Bernardo debía realizar complicados trámites por escrito con el objeto de procurarse los libros necesarios para formar una biblioteca: así sabemos que, con el impresor florentino de origen germánico Niccolò di Lorenzo della Magna, estableció un índice de los lugares (“ciudades, montañas y ríos”) contenidos en la obra de Tito Livio, y ese “Tito Livio” sería el premio de su impresionante trabajo, digno de un benedictino. A Bernardo, un verdadero erudito, le gustaban los libros de historia, en especial, por su formación jurídica: en esa época, esos estudios se basaban sobre todo en el conocimiento del derecho romano tardío, las famosas Pandectas y el Código de Justiniano. En los *Ricordi*, nos da una idea bastante precisa de los libros que figuraban en su biblioteca o que pasaban por sus manos. Esa biblioteca era sin duda la de un humanista. Estaba Cicerón, por supuesto, exhumado y editado por la generación anterior, la de los descubridores de manuscritos como Poggio Bracciolini o Biondo: allí buscaban los secretos de la política y sobre todo de la moral política. Niccolò lo recordaría. En 1477, Bernardo había “tomado prestadas” las *Filípicas* de Cicerón, temible panfleto político contra su enemigo, que no se lo perdonó... En 1480, también tomó su *De oratore*, verdadera Biblia de la retórica en la época de los humanistas, convencidos de que el libro contenía todos los secretos del arte de la persuasión. Y al leer los *Ricordi* nos enteramos también de que, durante aquella década de 1470, usó también en varias oportunidades el indispensable *De officiis*, que traza el retrato del político ideal en una República. Bernardo tenía las *Décadas* del humanista Flavio Biondo: esto había sido un proyecto inmenso, porque abarcaría un período fabuloso, desde la caída del Imperio romano hasta el

año 1440. La muerte lo limitó a sus tres primeras “décadas”, pero estas iluminaron en una forma tan extraordinaria esos tiempos considerados oscuros (se dijo que Biondo había inventado el concepto de *Media Aetas*, “Edad Media”), que tuvo un enorme éxito y marcó las personalidades “históricas”.

Bernardo, jurista de formación, aparecía en persona en la obra de 1483 de un famoso jurista de la época, primer canciller de Florencia, Bartolomeo Scala, *De legibus et iudiciis*, un tratado *Sobre las leyes y los juicios legales*, diálogo entre él mismo y Bernardo Machiavelli, a quien llamaba “*amicus et familiaris meus*”. En ese diálogo imaginario, Bernardo interpretaba el papel del escrupuloso defensor de la letra de la ley. Era un verdadero honor que se le atribuyera, en forma ficticia, un papel en esas controversias serias. Niccolò recordaría esa técnica de presentación, deliberadamente desequilibrada, de opiniones diferentes, en particular, en *El arte de la guerra...* Tenemos entonces motivos para pensar que, a pesar de sus limitados medios pecuniarios, Bernardo supo mantener, e incluso fortalecer, el nivel económico e intelectual de la familia Maquiavelo, a la que el economista Milho ubica entre las 500 familias más ricas de Florencia de esa época, aunque en el rango más bajo de estas. Por supuesto, Niccolò habló muy poco de su padre en su obra, ya que esta no se dedica a las confesiones autobiográficas, pero podría verse en el retrato del viejo Nicómaco (aún no enamorado...) de su pieza *Clizia* la silueta del *gentleman farmer* humanista que fue Bernardo, trazado por Sofronia:

Era un hombre serio, firme y reservado. Pasaba su tiempo muy honorablemente, se levantaba a la mañana muy temprano,

asistía a misa y controlaba las provisiones del día. Luego se dirigía a la plaza, al mercado, o iba a ver a los magistrados, por sus asuntos. Si no, se trezaba con algún ciudadano en dignas discusiones o se retiraba a su escritorio, donde se dedicaba a sus escritos y ponía sus cuentas en orden. Luego, comía, de buen humor, con su familia, y después de comer, conversaba con su joven hijo, lo ponía en guardia, le enseñaba a conocer a los hombres, y con algún ejemplo antiguo o moderno, le enseñaba a vivir. Luego salía y pasaba todo el día en sus asuntos y diversiones serias y honestas. Al llegar la noche, el *Ave Maria* solía encontrarlo en su casa. Se quedaba un poco con nosotros junto al fuego, si era invierno. Después, entraba a su escritorio, para darle otro vistazo a sus asuntos. Después, comía alegremente. Esa vida regular era un ejemplo para todos los demás miembros de la casa, y a todos les daría vergüenza no imitarlo. Y todo sucedía de este modo, en el orden y el buen humor.

Bernardo enfermó gravemente durante la epidemia de peste que afectó a la región en 1479: se salvó, pero a partir de ese momento permaneció en un discreto segundo plano en las crónicas florentinas, hasta su muerte, el 10 de mayo de 1500.

LOS “AÑOS DE FORMACIÓN” DE NICCOLÒ

Maquiavelo nació, como dijimos, el 3 de mayo de 1469. De su primera infancia, no sabemos casi nada, ya que en ningún momento su obra, esencialmente política, se presta a confidencias o simples alusiones a ese período. Por otra parte, en esa época

estaba muy lejos de las mentalidades literarias cualquier idea de mirada reflexiva o tierna sobre esa edad considerada como el tiempo de los errores, de los intentos y, en el mejor de los casos, de los aprendizajes. En cuanto a los *Ricordi* de su padre, que dejan muy poco espacio para lo afectivo, solo nos muestran el aspecto práctico y cultural de la educación de Niccolò. De este modo, sabemos cuándo y con quién aprendió latín. Esta lengua era, en efecto, fundamental en Florencia: el latín practicado durante mucho tiempo durante la Edad Media había perdido su papel social, en beneficio de una lengua que se iba depurando con el (re)descubrimiento del latín antiguo: en general, el latín de “comunicación” de los años 1500 ya no tenía demasiado que ver con su homólogo medieval. Era la lengua de los documentos, de las actas legales que redactaba el notario según las indicaciones que le llevaban en toscano, que luego les leía, en toscano, a los firmantes. También era una lengua literaria, usada por escritores como Boccaccio o Petrarca, y su conocimiento era indispensable para quienes hacían profesión de humanismo. Porque el humanismo era la “ideología” que estaba de moda en la Florencia del Quattrocento y del Cinquecento: apoyada en textos antiguos, de Platón (en traducción) a Cicerón, esa ideología afirmaba la primacía del hombre en la escala de valores de la época, postulaba que la Antigüedad poseía saberes absolutos, inigualables, y que su ciencia había sido transmitida por la lengua erudita, es decir, el latín. Por eso, había que enseñarles cuanto antes este idioma a los niños (la enseñanza primaria estaba muy desarrollada en Florencia desde el siglo XIII), y para eso disponían de varias herramientas pedagógicas: la más conocida era el *Donatello* (el *Pequeño Donato*). Bernardo nos confirma, con fecha del 6 de mayo de 1476,

que ese fue el manual de aprendizaje del joven Maquiavelo, con el “maestro Matteo, maestro de gramática”, que cobraba 5 *soldi* por mes. Se trataba de un texto muy antiguo, pues su autor, Elio Donato, el maestro de san Jerónimo, era un gramático del siglo iv: ese *best-seller* gramatical perduró mucho tiempo, ya que se tomó como referencia hasta el siglo xv. Estaba dividido en dos partes, un *Ars minor* (Manual Elemental), para los principiantes, y un *Ars major* (Gran Gramática) para el perfeccionamiento. Maquiavelo usó, nos dice Bernardo, el *Donatello*, que era seguramente el *Ars minor*. Allí se encuentra la teoría gramatical y textos de aplicación, como los dísticos, de alto valor moral, tomados de Catón (los *Dicta Catonis*), y pasajes en principio igualmente morales, que enseñaban a refrenar las pasiones, los *Remedia Amoris* (*Remedios de amor*), de Ovidio.

Un niño de siete años puede ser demasiado pequeño para aprender latín, pero en 1480, Bernardo, que acababa de salvarse de la peste, confirmó que Niccolò estaba “en la escuela”, bajo la fécula del “maestro Matteo”, y al año siguiente, en el nivel superior, tomó clases con un *maese* Battista da Poppi en la iglesia de San Benito. “*Niccolò sa de’ latini*”, proclamó con alegría Bernardo en sus *Ricordi*. Un año más tarde, Totto, el menor, también empezó a estudiar con el *Donatello*. Durante ese tiempo, su hermano mayor, “hacía latín”. Es probable, pero esto no se aclara, que se basara, para escribir, en el tomo 2 del *Donatello*, el *Ars major*, en el que se describían las figuras retóricas, como sinécdoque y zeugma, que dotaban de elegancia al estilo latino, y también los errores y la pesadez que debía evitarse. Sabemos que su maestro, Paolo Sasso da Ronciglione, era un sacerdote, un prestigioso profesor del que se conocen otros dos alumnos de la edad de Niccolò: Pietro del

Ricci Baldi y Michele di Vieri. El primero cambió su nombre por el de Pietro Crinito (“Petrus Crinitus”) y permaneció con el maestro hasta 1487. También se cree haber encontrado un manuscrito de su propia mano, en el que figuran muchos ejercicios de latín, seguramente dictados por el “maestro”: ejercicios gramaticales y también estilísticos, destinados a preparar al alumno para el arte epistolar, base de la práctica diplomática; nada impide imaginar que Niccolò también siguió esa propedéutica. Crinitus continuó en ese buen camino: por un tiempo fue discípulo del gran poeta Poliziano, enseñó en el Studio Fiorentino (la Universidad de Florencia) y luego integró la Academia Platónica, que se reunía en los famosos jardines Oricellari. Fue autor de un monumental tratado, compuesto por veinticinco libros: *De honesta disciplina*. El otro alumno, Michele di Vieri (“Michele Verino”), fue el autor de libros muy morales y muy famosos en el mundo escolar, *De puerorum moribus disticha*. De modo que Maquiavelo estaba en buena compañía, y los talentos de latinistas reconocidos de esos dos condiscípulos garantizaban por lo menos la calidad de la enseñanza humanista que recibió: condición necesaria, en Florencia, para acceder a la alta función pública. En cuanto a Maquiavelo, parece haberse entregado a un aprendizaje serio de los mecanismos de la lengua latina, que le sirvió no solo para leer en latín, sino también para escribir en ese idioma. Tuvo la base cultural destinada a los hijos de la clase intermedia: futuros abogados, médicos, notarios... Era una base nada desdeñable, ya que también habilitaba para llegar a ser un alto funcionario del Estado, como secretario o canciller. Solo podían llevar más lejos sus estudios y pensar en dedicarse exclusivamente a las letras o a la filosofía los hijos de las clases superiores, libres de la necesidad de ganarse la vida.

Lo que “sabemos”, por intermedio de *maese* Bernardo, es que Niccolò también fue instruido en el arte del cálculo, por *Master* Piero Maria, con el método más usual de la época: el del ábaco. Este nombre abarcaba, en realidad, varios métodos, antiguos para algunos, más nuevos para otros, que integraban conceptos muy prácticos, como el del cero, tomado, como se sabe, de los árabes. En Florencia, la enseñanza del cálculo se circunscribía, en principio, a los niños destinados a carreras comerciales, y para ellos existían “escuelas de ábaco”, dirigidas por un maestro especializado, el *abachista*: podemos suponer que Bernardo, enamorado de las letras latinas y del derecho, pero un padre que pensaba en el futuro de su hijo, desarrolló para él dos proyectos paralelos. Los tiempos eran aleatorios, el humanismo estaba en decadencia y siempre se necesitaría, tanto en Florencia como en otros lugares, jóvenes talentosos y bien preparados para los negocios. Pero Niccolò no estaba hecho para el comercio, como él mismo lo reconoció, en cierto modo burlándose de sí mismo, en una carta del 9 de abril de 1513 a su amigo el embajador Francesco Vettori, cercano a los Médicis: “La Fortuna ha querido que, al no saber hablar ni del arte de la lana, ni del arte de la seda, ni de ganancias y pérdidas, deba hablar del Estado, y por lo tanto, debo decidir callarme o hablar de esas cosas”. El relato de los *Ricordi* se interrumpe, lamentablemente, en 1487, y se abre ante nosotros una gran laguna: ignoramos cuáles fueron las actividades del joven Maquiavelo durante los siguientes diez años. Y es una pena, pues se supone que esos años fueron, en la Florencia que renacía, sus años de formación.

¿UNA FORMACIÓN “SUPERIOR”?

Como la erudición tiene horror al vacío, muchas veces se intentó llenar esa irritante laguna, que algunos llamaron “la década perdida”. En 1973, por ejemplo, un profesor de la Universidad de Siena, Domenico Maffei, intentó demostrar que a partir de 1489, el joven Maquiavelo habría recibido, en Roma, una formación en el terreno financiero con el banquero Berto Berti. Esta hipótesis no solo nos permite cubrir un vacío biográfico, sino explicar los evidentes conocimientos de Maquiavelo en ese aspecto. Sobre todo porque así habría conocido, gracias a su jefe y amigo Berti, a los florentinos más poderosos de Roma en el seno de la Confraternita della Pietà dei Fiorentini. Pero la esperanza se frustró muy pronto: al año siguiente, uno de los mejores especialistas en Maquiavelo, Mario Martelli, demostró que el Maquiavelo banquero era en realidad un homónimo de Niccolò. También se ha tratado de incluir en esos años misteriosos múltiples actividades literarias, de inspiración populista, en la línea de Burchiello (1404-1449) o Luigi Pulci (1432-1484), base de su futura producción en lengua vernácula. Pero nosotros sabemos con certeza que copió con su propia mano uno o varios manuscritos del *De rerum natura* (*Sobre la naturaleza de las cosas*) del poeta materialista latino Lucrecio, estableciendo ya una distancia con la filosofía platónica, credo oficial en los ambientes eruditos florentinos, sobre todo los que eran financiados por los Médicis... Y se sabe también que copió manuscritos de *El eunuco* del autor de comedias Terencio. Pero, por la falta de documentos serios, es difícil llenar, a nuestro juicio, la laguna de la juventud de Maquiavelo hasta 1497, fecha en la que realmente comienza su carrera al servicio de la República de Florencia.

Queda entonces la cuestión de su formación universitaria: toda su vida y toda su obra reflejan esa formación, pero carecemos por completo de informaciones precisas sobre este punto. Sin embargo, tenemos una “pista”: lo que da a entender un gran testigo de su tiempo, al mismo tiempo médico, filósofo, historiador y obispo: Paulo Jovio. Fue un gran conocedor de la Florencia de la época, y escribió una *Historia de su tiempo, de 1494 a 1547*, así como *Elogios de escritores ilustres* (1546), entre los que figuraba Niccolò. Como en general fue crítico hacia Maquiavelo, no se puede sospechar en él ninguna complacencia, y tendemos a creerle cuando afirma que Maquiavelo le debía lo “mejor” de su formación humanista a Marcello Virgilio Adriani. Conocemos a este último en diversas facetas. Como hombre político, reemplazó al frente de la Cancillería de la Señoría, a otro humanista, Bartolomeo Scala que, auspiciado por los Médicis, había llegado en 1465 a la dirección de esa cancillería, y en 1486 fue nombrado confaloniero. Miembro de la Academia Neoplatónica de Florencia, él también escribió una historia –apologética, por supuesto– de la ciudad. Cuando murió, en 1497, era lógico que lo sucediera un humanista de la misma corriente. La Señoría eligió, efectivamente, a un letrado, Marcello Virgilio Adriani (“Marcellus Virgilius”), reconocido discípulo de dos prestigiosos universitarios locales: Cristoforo Landino y Angelo Poliziano. Adriani fue nombrado primer canciller de la Señoría, mientras conservaba su cátedra de elocuencia latina y griega en el Studio Fiorentino (de 1494 a 1503). Y él formó a su vez, según Jovio, a un brillante discípulo: Niccolò Machiavelli...

Pero en detalle, las cosas fueron un poco más complicadas, porque en principio la familia Maquiavelo no era de aquellas en

las que se buscaban espontáneamente jóvenes talentos prometedores para darles altas responsabilidades: el ascenso de Maquiavelo se debió seguramente a algún poderoso patrocinio. Por eso se puede suponer que obtuvo gracias a las lecciones de Adriani esa buena formación humanista, indispensable en aquella época para iniciar una carrera política. Luego, en el verano de 1498, el mismo Adriani ayudó al joven Maquiavelo a conseguir su primer puesto importante. Era un cargo de “secretario”, responsable de la elaboración del correo diplomático: en cierto modo, una tarea de letrado. Por otra parte, el humanismo le debía mucho a esos “secretarios”, desde hacía varias generaciones. Se trataba, en general, de jóvenes de excelente cultura jurídica y latina, capaces de sintetizar en breves informes la correspondencia, en latín o en lengua vulgar, que recibían los “Grandes” con los que trabajaban: para el “descubridor de manuscritos” latinos Poggio Bracciolini, por ejemplo, o el teórico de la arquitectura Leon Battista Alberti, los Grandes en cuestión habían sido los papas Eugenio IV y Nicolás V, para quienes desempeñaron, en la primera parte del siglo xv, el papel de “abreviadores apostólicos”. Como veremos luego, Maquiavelo fue reclutado a los veintinueve años por la administración florentina para un empleo del mismo orden: su tarea de “secretario” consistía, en efecto –entre otras cosas– en darle forma a la correspondencia diplomática del Estado florentino: antes de él, les encomendaban esa tarea a hombres con reconocidas condiciones literarias y jurídicas. El apoyo de Adriani solo podía funcionar si quien lo recibía era un hombre de condiciones similares. Por lo tanto, podemos suponer que el joven Maquiavelo, en el Studio Fiorentino (que de 1473 a 1503 funcionó en diferentes lugares, en Pisa, sobre todo, o en

Prato, antes de que la amenaza de la peste lo hiciera regresar, en 1497, a Florencia), donde ejercía su protector, tenía sólidos y valiosos *studia humanitatis*.

LA ENTRADA EN LA HISTORIA

Para nosotros, Maquiavelo aparece en la historia el 2 de diciembre de 1497, a través de una carta que se ha conservado. En ella interpelaba, en nombre de su familia, al poder público, en este caso, al obispo de Perusa, Juan López. Fue Niccolò, en efecto, quien, aunque su padre aún vivía, redactó y firmó una solicitud para reclamarle al obispo los beneficios de una iglesia bajo la tutela de los Machiavelli, la de la parroquia de Fagna, alrededor de la iglesia de Santa Maria della Fagna, en Mugello: la familia Pazzi les disputaba esa tutela. Esta familia era enemiga jurada de los Médicis: había regresado poco tiempo atrás del exilio e intentaba recuperar sus bienes confiscados, tras el fracaso de la conjura de 1478, precisamente contra el poder Médicis. La lucha fue dura, pero vencieron los Machiavelli, ¡ayudados por la propia Señoría, que apoyó su posición ante Juan López! Este obispo era un personaje importante: estaba vinculado con la familia del futuro papa Alejandro VI desde que este solo era el cardenal Rodrigo Borgia. Al llegar al pontificado, Rodrigo no lo olvidó: después de otorgarle la corona cardenalicia en febrero de 1496, garantizó su fortuna material nombrándolo administrador apostólico de Carasona y de Oloron. La elocuencia del joven Maquiavelo pudo convencer a este hombre lleno de futuro, por el bien de la *consorteria Machiavelli*.

Pero su carrera política comenzó realmente al año siguiente, con el primero de la larga serie de importantes informes que le pedirían los Consejos y los cancilleres. Quien le solicitó ese primer informe fue el embajador que la Señoría había enviado a Roma para negociar con el papado el delicado expediente de Savonarola: el monje Ricciardo Becchi. El poder de Savonarola se desmoronaba, pero las autoridades florentinas estaban preocupadas: el *hermano* aún tenía muchos partidarios y no se sabía con exactitud hacia dónde podía llevarlos la fuerza de sus palabras. ¡Por eso era indispensable conocer el contenido de sus temibles sermones! La misión de Maquiavelo consistió en informarle a Becchi sobre dos de sus sermones sobre el Éxodo, pronunciados a principios de marzo en San Marco, donde había debido replegarse tras los desórdenes causados en Santa Maria del Fiore por sus ásperas predicaciones. Ese agudo informe, fechado el 9 de marzo de 1498, detallaba las palabras del *hermano* que, con una retórica estruendosa (“Empezó anunciando grandes horrores, con la clase de razones que suelen influir sobre quienes no saben discutir”), distorsionaba los textos y los ejemplos bíblicos para ilustrar su posición, maniquea y simplista, ante sus adversarios. De un lado, el bando de Dios: sus partidarios; del otro, el del diablo: sus enemigos. Para Maquiavelo, sobre todo, Savonarola era un oportunista que, espantado por la composición de la nueva Señoría, tergiversaba, según las circunstancias, la realidad (“va cambiando su discurso según las circunstancias y coloreando sus mentiras”), para vilipendiar algunas veces a sus adversarios florentinos, y otras, al papa Alejandro VI. Esta no era una crítica al “fondo” de la política sugerida por Savonarola, con la creación del Gran Consejo, sino más bien una denuncia de los procedimientos viciados con los

que había manipulado a sus partidarios, desde el púlpito, durante cuatro años. Pero hay que destacar que Maquiavelo siguió de cerca el episodio Savonarola y extrajo de él importantes lecciones sobre su fracaso final, un ejemplo de “profeta desarmado”.

Al terminar este episodio, llegó el momento de su primera elección, como secretario de la Segunda Cancillería, aunque se ha creído durante un tiempo, por una carta sin duda mal interpretada, que ya estaba “en funciones” como coadjutor, es decir, en un puesto subalterno, desde 1494 o 1495. Esta elección no era sencilla. Incluso habían preferido para ese puesto, en febrero del mismo año, cuando Savonarola aún estaba en la plenitud de su poder, a Antonio della Valle, adjunto directo (coadjutor) de Bartolomeo Scala. Pero tras la caída de Savonarola, la administración hizo una reforma espectacular de todos los puestos, desde los más altos hasta los menores. Esto resultó muy beneficioso para Maquiavelo.

Esta vez, dos de sus tres competidores eran conocidos, por diversos motivos. En primer lugar, estaba Francesco Gaddi, un universitario de cincuenta y tres años, leal a los Médicis, que habían forjado su carrera. Había también un personaje no muy brillante: Francesco di ser Barone, famoso por haber falsificado algunos documentos del juicio a Savonarola. El último, más oscuro, era un notario, Andrea di Romolo, que llegaría a ser uno de los coadjutores de Maquiavelo. El nombramiento de Niccolò, mucho más joven (ni siquiera podía ser elegido para el Gran Consejo) que sus adversarios, muy experimentados en el trabajo administrativo, fue decidido el 15 de junio por el Consejo de los Ochenta, y luego ratificado por el Gran Consejo, el 19 de junio: desde entonces, Maquiavelo dirigió, oficialmente, la Segunda Cancillería. El 14 de julio, un decreto de la Señoría lo nombró también “secretario”

de los *Dieci di Pace e Libertà* encargados de la elaboración de la política exterior de la República. Era un doble puesto importante: Maquiavelo no era ni doctor, ni notario, ya que en las actas oficiales de esa época, su nombre no era precedido por el título de *maese*, pero gozaba de suficiente prestigio en la República de Florencia como para ocupar un puesto de responsabilidad en el seno del organismo que se encargaba de la parte más importante de la diplomacia del país.

Los tiempos cambiaban: los grandes cancilleres, como Salutati, Poggio Bracciolini y Bruni, habían sido hombres de letras, figuras ampliamente consensuales, que se apoyaban en una sólida reputación de saber y, en consecuencia, de sabiduría política. Lo mismo ocurrió, en rigor, con Adriani, o incluso Scala, en menor medida. Pero en el caso de Maquiavelo, fue distinto. El hombre que había ocupado antes que Maquiavelo el puesto de secretario de la Segunda Cancillería, Alessandro Braccesi, un humanista de alto nivel, era un notorio partidario de Savonarola. Por eso lo habían mandado a Roma, en 1497, para “secundar” al embajador Ricciardo Becchi, cuya hostilidad hacia el *hermano* era conocida. La Señoría, aún bajo la influencia de Savonarola, lo había enviado para contrarrestar, en la medida de lo posible, el discurso de Becchi ante las autoridades pontificias, pues necesitaban obtener para él una mínima indulgencia (la autorización de predicar) preservando al mismo tiempo a Florencia de la terrible sanción del Interdicto.

Después de la eliminación del monje, lógicamente Braccesi perdió su puesto, y los Ochenta lo reemplazaron por Maquiavelo, nombrado explícitamente *loco* (“en el lugar de”) *ser Alexandri Braccesi*. Con Braccesi, y más aún con Maquiavelo, la República

colocaba en ese puesto clave a un agente político, entre embajador, hombre de gran prestigio, y funcionario. Ese cargo de secretario –y su reclutamiento– parecía suficientemente importante, en Florencia, para que se lo estableciera dos veces en ese fin de siglo: en 1483 y luego el 30 abril de 1498, es decir, muy poco tiempo antes de la entrada en funciones de Maquiavelo.



